

El bosque de las tormentas

Escrito por
Patricia Smeyers Durá

Ilustrado por
Ana Ruiz Segura



Dedicado a:
Los niños que padecen epilepsia y que sufren su desconocimiento

Agradecimientos:
A mis hijos, Noa y Borja Smeyers Martínez,
por la corrección de estilo



Ana Ruiz Segura es maestra de Educación Física y desarrolla también su creatividad con ilustraciones y trabajos gráficos diversos. Ganadora del concurso de carteles la Mostreta 2005. Además, ha realizado varias exposiciones de grabado y ha ilustrado varios cuentos y libros relacionados con la salud, entre ellos: *¿Qué tengo aquí abajo?* y *Alumbrita*.



La Dra. Patricia Smeyers es Neurólogo Infantil en el Hospital Universitario y Politécnico La Fe, de Valencia. Es responsable del área de Epilepsia Infantil y tiene una dilatada experiencia en el manejo integral de sus pequeños pacientes. A su alto nivel científico, se añaden sus dotes literarias y su vocación de ayuda social, consiguiendo crear una joya en forma de cuento de inestimable valor. Desde el año 2011 en que se publicó su primer cuento: "La Pócima de las Ausencias", inicia una andadura cuyo objetivo es crear una imagen positiva de esta enfermedad especialmente en la infancia, y desestigmatizar la epilepsia. A este primer título siguió, en 2014: "El Baile de Gigante", que tuvo una estupenda acogida entre pequeños y grandes, uniendo en su lectura a abuelos, padres e hijos. Ahora, este tercer cuento: "El Bosque de las Tormentas", completa la trilogía dedicada a explicar, de una forma original, divertida y didáctica, tres grandes tipos de crisis epilépticas: las crisis de ausencias, las crisis focales y las crisis tónico-clónicas generalizadas.

El bosque de las tormentas © 2016

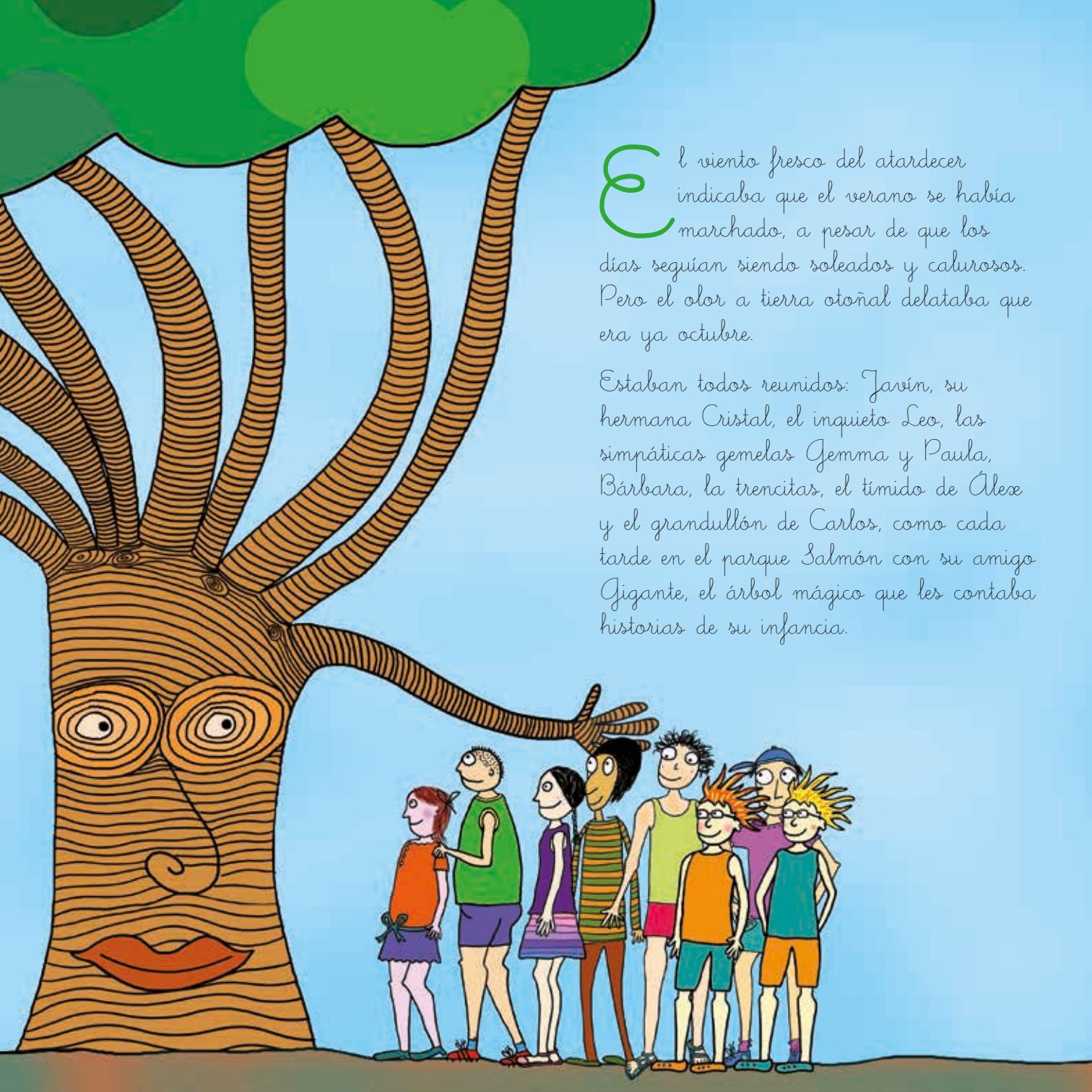
Autora texto: Patricia Smeyers Durá
Cubierta e ilustraciones: Ana Ruiz Segura

Nº Registro Propiedad Intelectual: V-66-16

Impreso en España. Printed in Spain
Edita: Ergon. C/ Arboleda, 1. 28221 Majadahonda (Madrid)

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-16732-05-0
Depósito Legal: M-15333-2016



El viento fresco del atardecer indicaba que el verano se había marchado, a pesar de que los días seguían siendo soleados y calurosos. Pero el olor a tierra otoñal delataba que era ya octubre.

Estaban todos reunidos: Jarvín, su hermana Cristal, el inquieto Leo, las simpáticas gemelas Gemma y Paula, Bárbara, la trencitas, el tímido de Alex y el grandullón de Carlos, como cada tarde en el parque Salmón con su amigo Gigante, el árbol mágico que les contaba historias de su infancia.

Había crecido en un bosque sin fin donde la luz no llegaba al suelo. Al contrario, era acaparada por las copas de los inmensos árboles que, como él, poblaban las laderas. Las ramas de unos y de otros se tocaban por los extremos. Allí arriba, la luz corría veloz en una maraña donde no se sabía cuál era el principio y cuál el final. Y "el aroma... mmmmmmm", les decía a los niños que le miraban con ojos abiertos como ventanas de par en par, "¡eso sí era extraordinario!". Miles de perfumes, colores y sonidos armoniosamente combinados definían un paraje único y especial: "el Encéfalon". Así se llamaba el bosque donde Gigante había nacido, su cuna. ¡Qué hermoso era su bosque! y ¡qué perfecto! Lo echaba tanto de menos, que se le ocurrió una idea genial.

—¿Por qué no aprovecháis esta semana que tenéis de vacaciones para visitar mi bosque natal y a mis amigos? —les dijo a los niños.

—Podrías conocer al Haya Delta, al Roble Zeta, al Abeto Alfa y al Castaño Beta. Son todos tan especiales..., sobre todo cuando están juntos, como vosotros.

—Es una idea estupenda Gigante.
¡Qué ilusión! —exclamaron todos.

En el bosque Encéfalon...

Caminaban entre árboles altísimos, tal y como les había descrito Gigante, y sus pisadas crujían con un sonsonete musical que les hacía cantar al compás, rítmicamente. Todo era armonía.

Visitaron al Haya Delta y les explicó que todas sus amigas se movían al mismo ritmo, que era el ritmo delta de 1 a 3 movimientos por cada segundo.

Luego, Haya Delta les acompañó a ver al Roble Zeta y el Roble les dijo que todos sus amigos movían sus ramas al mismo ritmo también, el ritmo zeta, y que era más rápido que el delta, entre 4 y 7 oscilaciones por segundo.

Después llegaron a donde estaba el Abeto Alfa con su grupo y se sorprendieron al ver cómo todos llevaban el mismo ritmo, "el alfa", les dijo el abeto, entre 8 y 12 ondas por segundo.

—Je, je, somos muy rápidos, sí. Pero aún los hay más veloces —añadió.

El Abeto Alfa les dijo:

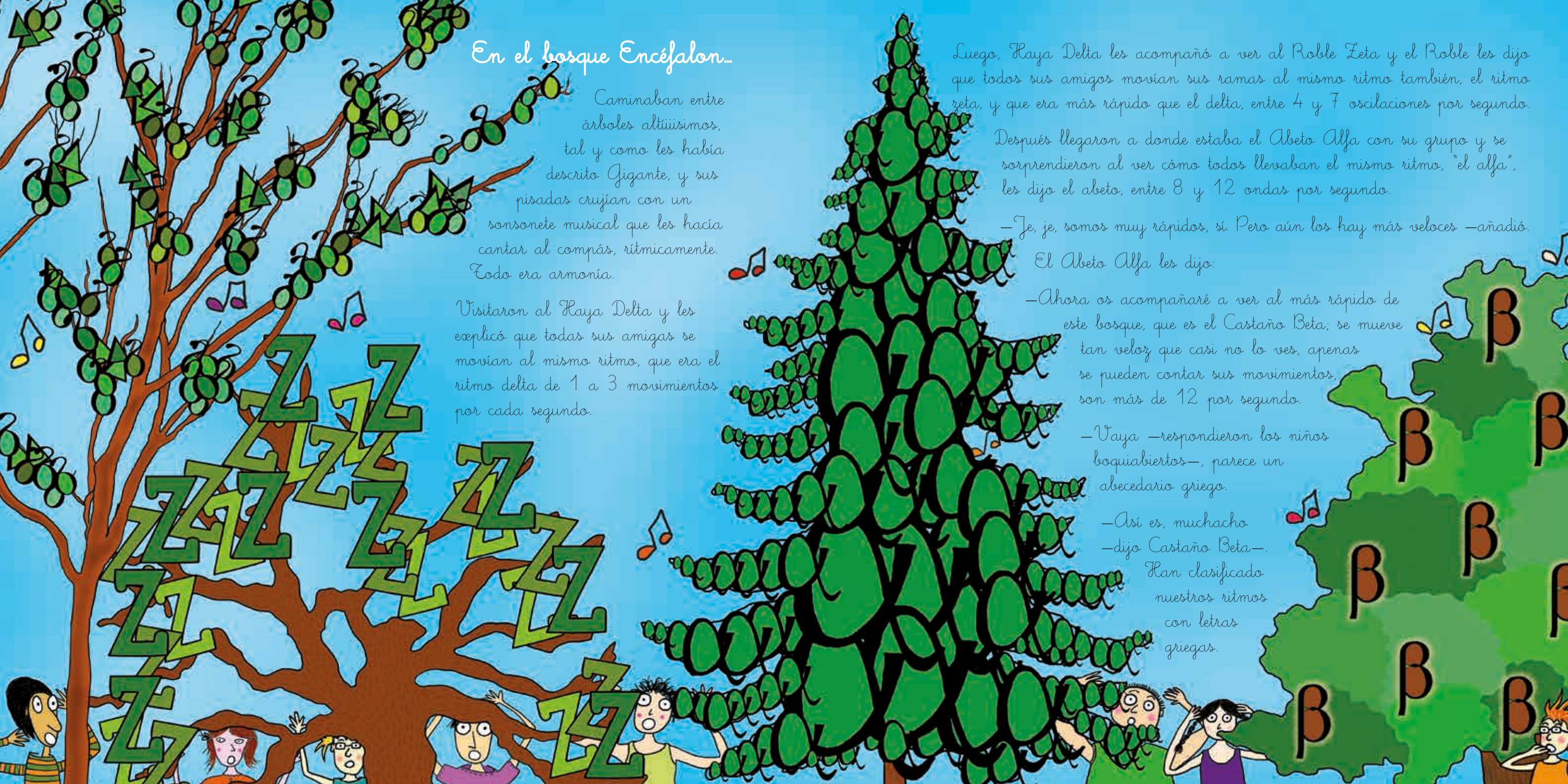
—Ahora os acompañaré a ver al más rápido de este bosque, que es el Castaño Beta; se mueve tan veloz que casi no lo ves, apenas se pueden contar sus movimientos, son más de 12 por segundo.

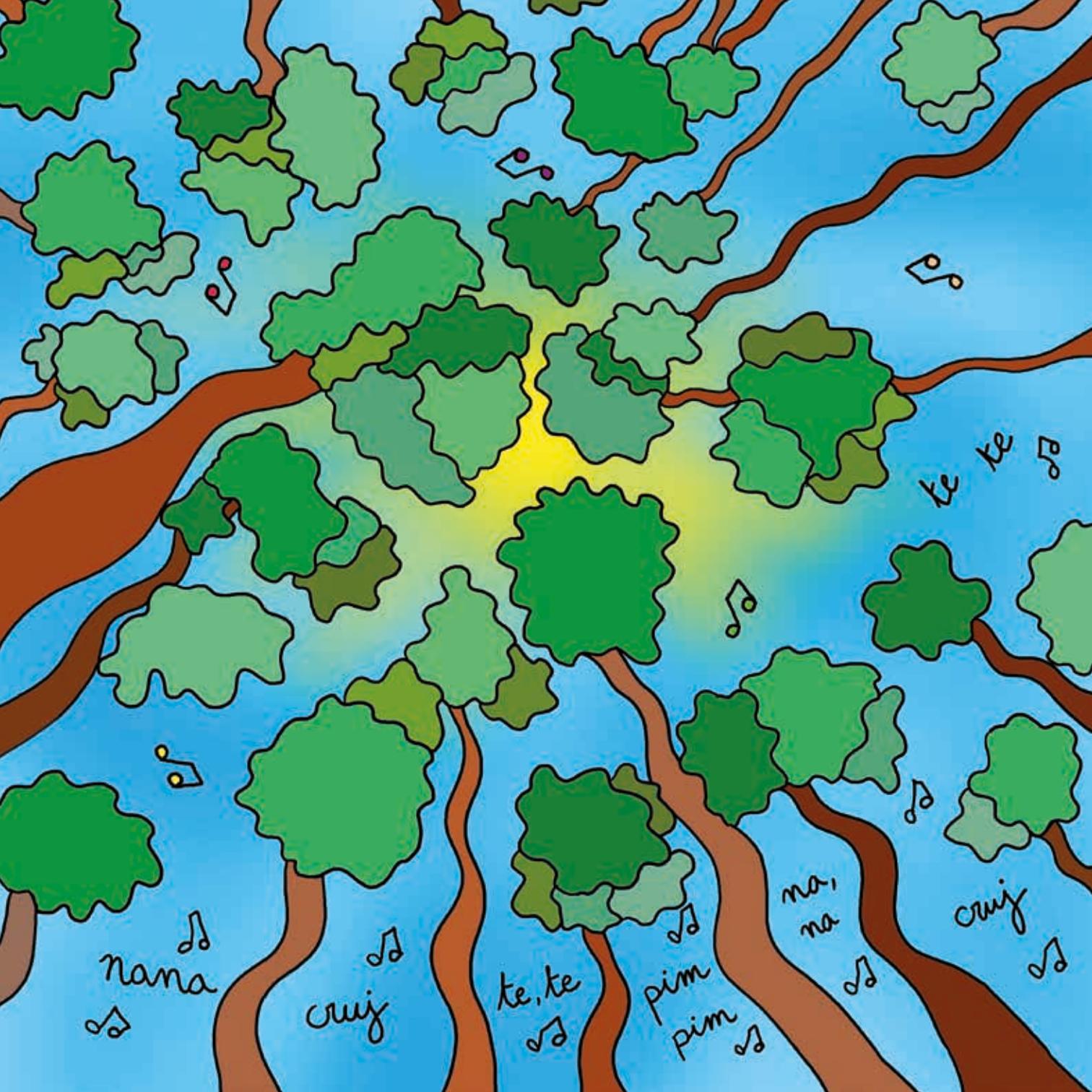
—Vaya —respondieron los niños boquiabiertos—, parece un abecedario griego.

—Así es, muchacho

—dijo Castaño Beta—.

Han clasificado nuestros ritmos con letras griegas.





Entonces, Delta, Zeta, Alfa y Beta empezaron a moverse juntos, cada uno a su ritmo, y compusieron la música más bonita que habían escuchado nunca.

—Ohhh —dijeron los niños mientras escuchaban la hermosa música del bosque.

—Esto parece una orquesta llena de instrumentos tocando una misma melodía a distintas voces y qué bien caminamos por este bosque —rió la pecosa Bárbara mientras movía sus trencitas al ritmo de la música.

—Sí, es tan perfecta... —continuaron las gemelas Gemma y Paula caminando a saltitos.

Iban cantando la canción del bosque Encéfalon entre sonrisas y alegría: "na,na,cruji,te,te,pim,pim; na,na,cruji,te,te,pim,pim; na,na,cruji,te,te,pim,pim" y...

De pronto, un crujido sonó más alto que los demás y desentonó la melodía, un destello luminoso saltó entonces en la rama próxima y, con la velocidad de un relámpago, todo el árbol se iluminó. La luz traspasó el árbol siguiente y, como si fuera un castillo de fuegos artificiales, todos los árboles se iluminaron a la vez. Los niños, asustados, se quedaron paralizados.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Javín, atemorizado.

A la luz le siguió un espasmo y los árboles, que antes se movían con naturalidad cada uno a su ritmo quedaron, también, paralizados con una postura rígida, como si les hubieran hecho una foto. Tras unos segundos que parecieron siglos, un viento terrible azotó el bosque y todos los árboles empezaron a moverse. Primero, poco, como un temblorcito muy suave y, después, cada vez más fuerte, con sus ramas retorcidas pero moviéndose sin parar, provocando la pérdida del compás en todo el bosque. La melodía sonaba desentonada y sin armonía.





—¿Qué es esto? El bosque está convulsionando —gritaron, aterrados.

—¡Esto tiene que ser una tormenta del bosque! —chilló la pequeña Cristal, y se quedó como dormida.

En realidad, todo estaba dormido en el bosque Encéfalon; a la tormenta le siguió el silencio. Los árboles estaban quietos, flácidos, sin movimiento. ¿Quizás estaban soñando?...

En el interior de Encéfalon...

Entonces los niños se encontraron, de repente, como si hubieran viajado a un país muy lejano, dentro de una especie de entramado enmarañado en medio de miles de cruces de caminos.

Una especie de mujercita de aspecto indefinido, transportada por un vagón azul diminuto, pasó entre sus piernas.

—Apartaros de las vías, muchachos, que tengo prisa, voy al lóbulo frontal a evaluar el estado de conciencia.

—¿Quéeee? —preguntó Leo, sobresaltado—. Pero, ¿quién eres tú?

—Yo soy una Orden, viajo por dentro de Encéfalon comunicando cada zona. Todo tiene que estar bien conectado para volver a crear la melodía.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó el tímido de Alex, extrañado.

—Muchachos, habéis asistido a una crisis generalizada tónico clónica.

—¡Guau! y, jeso qué es? Más bien parecía un viaje en montaña rusa —dijo Leo con tono divertido.

—Ja, ja, qué gracioso eres —dijo la Orden. Los árboles no parecían divertirse.



—Pues a mí me ha parecido alucinante, interesantísimo —dijo el avisado de Javín.

—¿Habéis visto cómo el impulso eléctrico se ha transmitido por todos los árboles a la velocidad del rayo? —preguntó la Orden.

—Sí, sí, lo hemos visto —asintieron con la cabeza. Estaban todos de acuerdo.

—Pues ya veis qué rápido funciona todo en este bosque —dijo la Orden.

—Pero —preguntó Javín—, ¿se puede saber qué clase de bosque es este?

—Ajá, chico listo —dijo la Orden—. Este bosque es mágico, tiene unas tormentas espectaculares pero, después, siempre viene la calma, que por aquí llamamos estado post ictal.

—Anda, post, claro, quiere decir que va después, ¿no? —reaccionó Alex con rapidez.

—Sí sí, eso es, después de la crisis, que también se llama fenómeno ictal —aclaró la Orden.

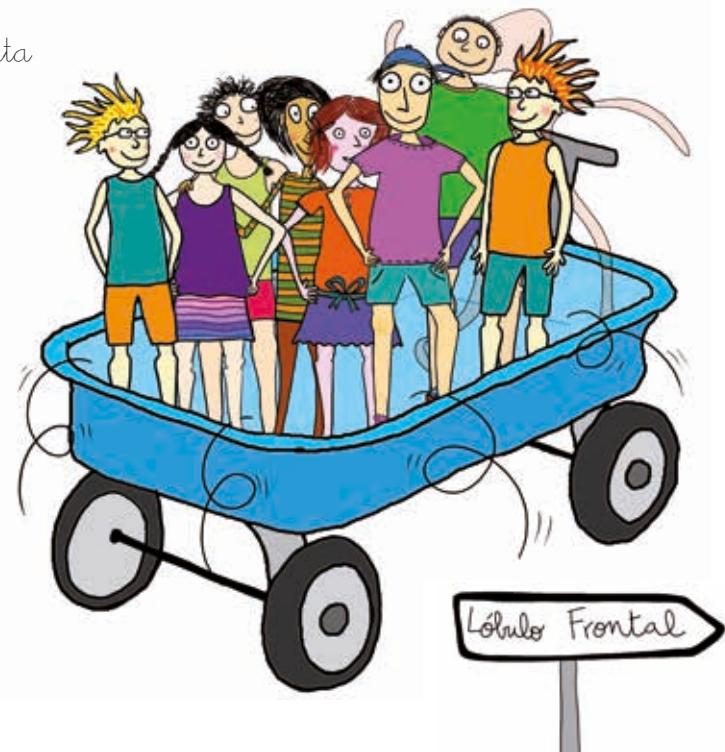
—Ahhh.

—Bueno chicos, que ya me he retrasado con tanta explicación y tengo que llegar a mi destino.

—¿Podemos ir contigo? ¿Cómo te llamas? —preguntaron Bárbara y Cristal.

—Es verdad, aún no os lo había dicho, me llamo Decisión. Rápido, subid, que empiece la transmisión y tenemos que dar la orden de abrir los ojos. Si queréis podéis subir a mi vagón. ¡Acompañadme rumbo al lóbulo frontal!

Y, de un salto, se colocaron todos en la vagoneta azul.



—¡Es enorme! —exclamaron los niños, impresionados. Sus pequeñas caritas se iban agrandando con la emoción cuanto más se acercaban al lóbulo frontal.

—Sí, es el más grande de los cuatro. Aquí es donde se toman las decisiones, se organiza el trabajo y se ejecutan los pasos para poner en marcha el engranaje del bosque de nuevo. Por eso yo me llamo Decisión —dijo con una voccecita de ingenua autoridad y, en su cara, se podía notar lo orgullosa que estaba de su trabajo.

Por primera vez, los niños se fijaron en el aspecto de la Orden Decisión. Estaba hecha de una especie de material transparente, de forma que parecía un cristal, pero en movimiento ¡Se podía ver a través de ella! Además, cambiaba de forma con rapidez, parecía, parecía... ¡una forma de energía!

—Yo me quedo aquí, podéis ir con mi compañera la Memoria en ese vagón verde de allí. Ella va directa al lóbulo temporal. Vive allí. El bosque tiene que recordar dónde está, qué día es, cómo os llamáis —dijo con firmeza Decisión, y desapareció.

—Yo me llamo Javín.

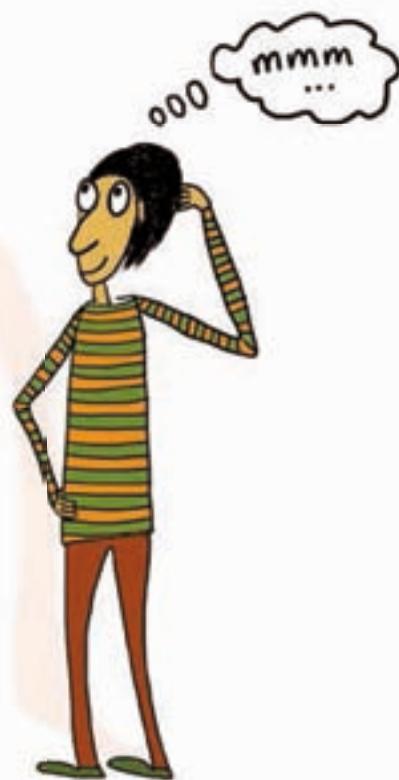
—Y yo Cristal, soy su hermana —dijo Cristal cogiendo a Javín de la mano.

—Bien, bien —dijo la Orden Memoria—, pero, ¿os acordáis de los nombres de los árboles que acabáis de conocer?”

—Pues —dijo Leo mirando hacia arriba— mmm, no sé.

—¿Veis? todavía estáis también vosotros en estado post ictal. No recordáis muy bien lo que acaba de pasar justo antes de la crisis que habéis experimentado —dijo Memoria, mientras se le dibujaba una sonrisita burlona en el rostro.

Los niños acompañaban a Memoria, la orden, en el tren de la transmisión camino al lóbulo temporal.



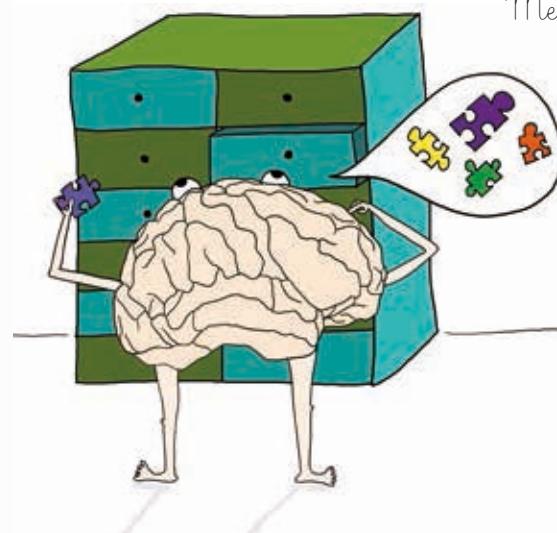
—¡Qué lugar más extraño! ¡Está lleno de habitaciones! ¡Qué son? —preguntó Alex. Parecía que la curiosidad le hacía perder la timidez para preguntar.

—Son cuartos donde están guardados los datos de los recuerdos. Entrad en una habitación y mirad por las ventanas, veréis todos los recuerdos de los árboles del bosque.

—¡Ehh! —dijeron las gemelas—. ¡Asomarnos a esta ventana: es el bosque cuando era pequeño! ¡Qué bajitos los árboles!

—Disfrutad con los recuerdos del bosque, yo ya casi he terminado ordenando recuerdos —dijo Memoria mientras cerraba y abría cajones para cambiar unas pequeñas piezas, como de puzzle, de unos a otros.

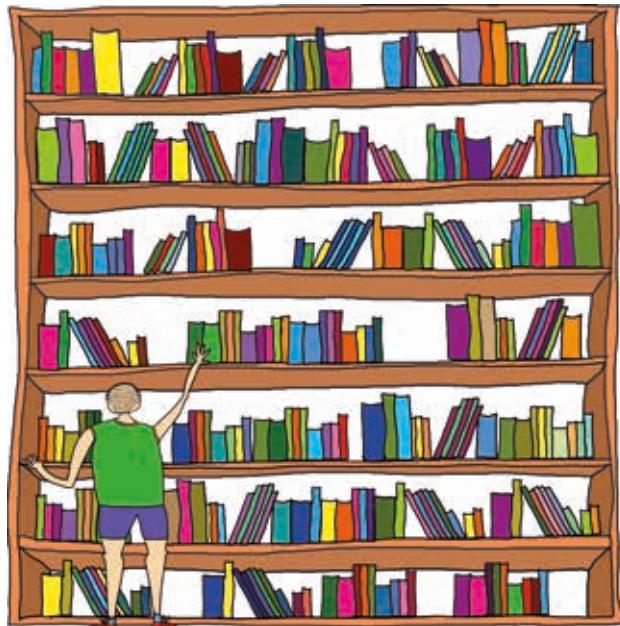
—Todo tiene que quedar bien encajado —le dijo en voz bajita a Bárbara mientras le quiñaba un ojo.



Memoria era muy divertida, les contó un montón de anécdotas del bosque, como el día que se perdió Marza, la perrita del pastor y todos la buscaron hasta que apareció en una cueva donde se había refugiado porque tenía frío. Todas las historias formaban parte de los recuerdos del bosque, y ella tenía que cuidarlas y clasificarlas muy bien.

Memoria tenía ese mismo aspecto etéreo de Decisión, que daba la impresión de que iba a desaparecer en cualquier momento. Y así fue. De pronto, desapareció.





A su espalda oyeron otra voz:

—Chicos, soy Lenguaje, otra orden, si no me doy prisa, el bosque no podrá hablar. Vivo aquí, en la frontera entre el lóbulo temporal y el lóbulo frontal. Venid, os enseñaré la biblioteca.

—¡Ohhh!, es enorme —gritó Carlos con su vozarrón. A pesar de ser el más grande de sus amigos, se sentía diminuto en un cuarto tan grande.

—Aquí guardo todas las palabras, y ahora os enseñaré el almacén de sonidos, lo voy a encender —dijo Lenguaje abriendo una puerta marrón mientras canturreaba. Siempre estaba hablando.

De pronto, un montón de palabras empezaron a sonar. Parecía una discoteca.

—¡Escucháis? Tengo que conectar cada palabra con su sonido. Es la única forma para que el bosque pueda hablar. Además, mi amiga la Memoria me presta sus recuerdos para que conecten con su significado.

—Vaya, qué complicado es esto —dijo Jarvín, y eso que a él le encantaban las cosas difíciles.

—Qué va, ya veréis: escoge una palabra, Cristal —dijo Lenguaje, señalando a la más pequeñita del grupo.



—Una palabra, no sé, ¿cuál elijo? —dijo, mientras pensaba en voz alta—. La que más me gusta: mamá.

—Perfecto Cristal, ahora entrad todos en la disco, ja, ja.

El sonido meloso de esta palabra tan especial se metió en el corazón de los niños.

—Ahora, cerrad los ojos, os llevo de vuelta al lóbulo temporal a velocidad supersónica —y entró en su vagoneta violeta con todos los niños de pasajeros.

Gemma y Paula vieron una imagen del primer beso de su madre, otros de una sonrisa, los demás recordaron una hermosa voz.

—Así que es así como funciona —dijo Jarvín satisfecho por haberlo entendido.

—Sí, pero multiplicado por millones de posibilidades —y entonces Lenguaje desapareció también.

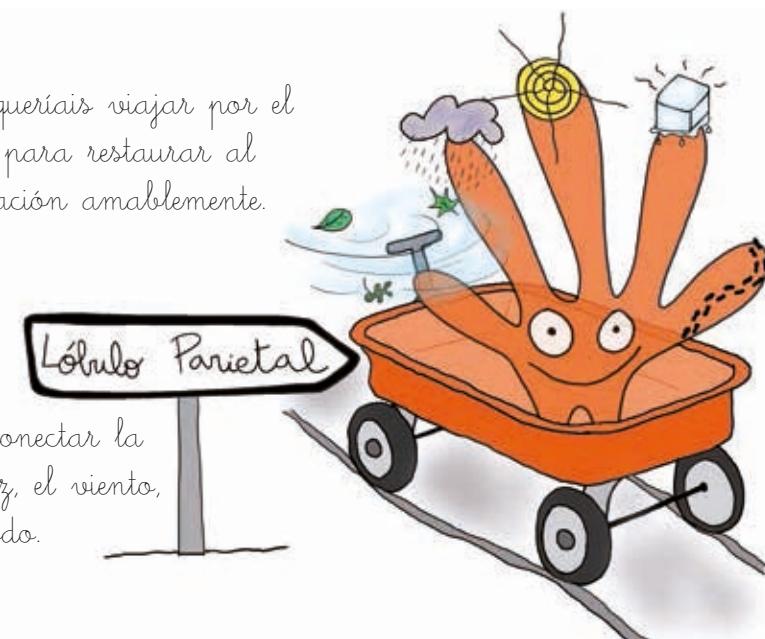
—¡Hola, venid conmigo —escucharon por encima de sus cabezas—. Soy Sensación, otra orden.

Los niños giraron sus cabezas hacia arriba y, de nuevo, vieron un cuerpecito casi transparente, esta vez de color anaranjado, que les invitaba a subir de nuevo al tren de la transmisión en su vagoneta naranja.

—Subid, amigos, me ha dicho Memoria que queráis viajar por el interior de Encéfalon y ver cómo trabajamos para restaurar al bosque después de su tormenta —les dijo Sensación amablemente.

—¡Síii, claro!

—Pues venga, que nos vamos al lóbulo parietal. Allí podréis vivir todas las sensaciones que podáis imaginar. Tengo que conectar la sensibilidad para que el bosque sienta, otra vez, el viento, la lluvia, el calor, el frío y vuestros pasos, todo.





Al llegar al lóbulo parietal notaron una sensación de calor en la mano derecha.

—¡Vaya, qué calor en la mano! —dijo Leo—. Pero, ¿por qué?

—Es que estoy conectando la sensibilidad a la temperatura, justo en esta parte del bosque que está justo a la altura de vuestra mano derecha.

—Pues lo has hecho de maravilla, porque notamos todos la misma sensación de calor en la mano derecha —dijo Carlos, señalando a sus amigos. Todos parecían querer enfriar la mano derecha agitándola de un lado a otro.

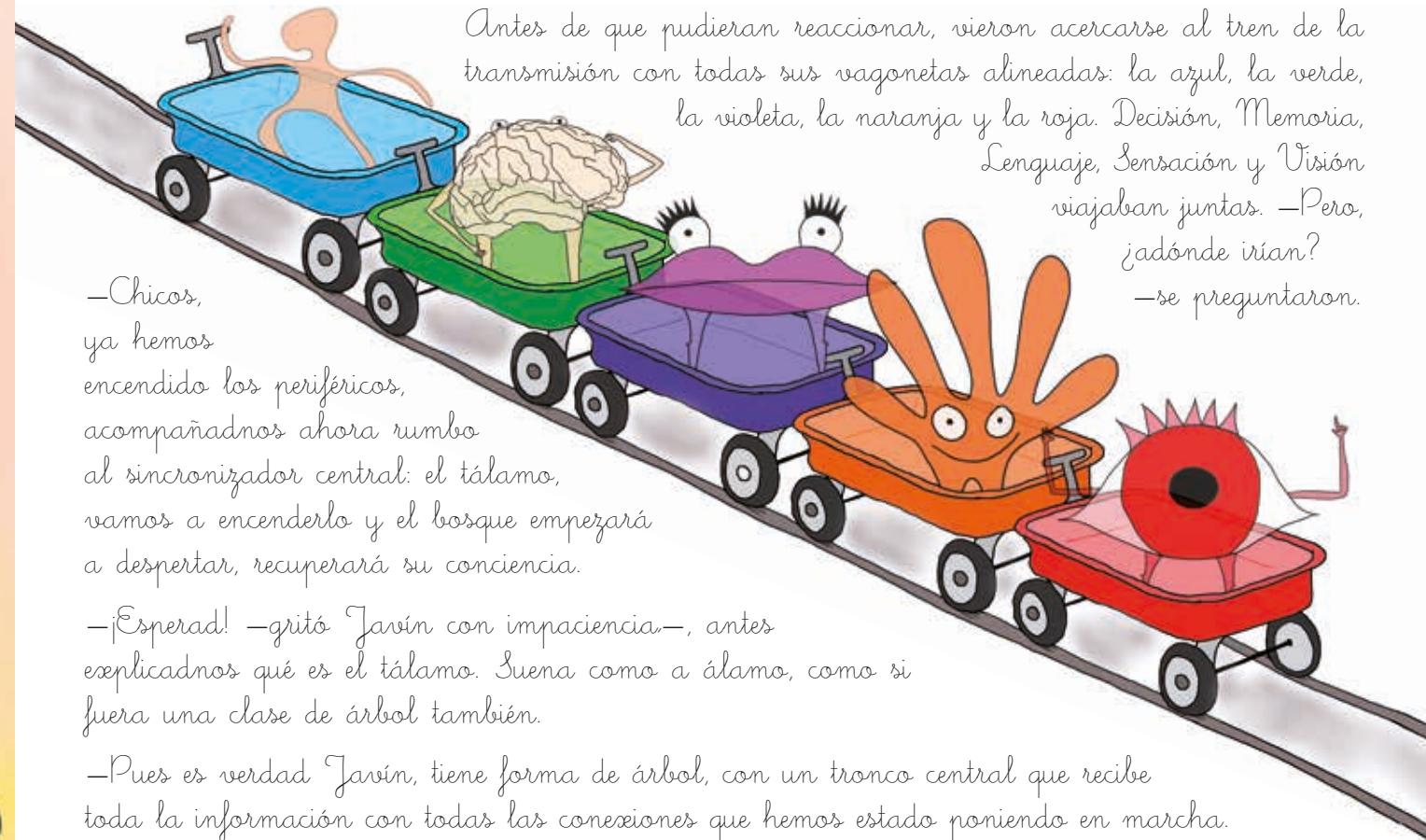
—Todavía tengo mucho que hacer, me queda la sensibilidad al dolor, al tacto, a la vibración, etc.. —Y entonces desapareció también.

Los niños vieron una vagoneta roja que parecía vacía y decidieron entrar.

—Bienvenidos, chicos —dijo otra orden, esta vez rojiza, que salía del fondo de la vagoneta—. Me llamo Visión, estaba a punto de salir. Me encargo de que el bosque pueda ver el cielo, el suelo, los animales, las flores, a vosotros. Hay que darse prisa en conectar todos los circuitos del lóbulo occipital, donde yo vivo, así el bosque recuperará la capacidad de ver.

—¡Madre mía, qué bonito! —se admiró Alex. Definitivamente, esta experiencia le estaba sacando de su timidez. Era el que iba primero en la vagoneta. Conforme avanzaban, el camino se iluminaba y empezaban a verse imágenes sorprendentes llenas de miles de colores y formas.

—Sí, es precioso, yo también me emociono cada vez. Esto es la visión —dijo la orden Visión—. Me encanta mi trabajo —y desapareció tan rápido como las demás órdenes.



Antes de que pudieran reaccionar, vieron acercarse al tren de la transmisión con todas sus vagonetas alineadas: la azul, la verde, la violeta, la naranja y la roja. Decisión, Memoria, Lenguaje, Sensación y Visión viajaban juntas. —Pero, ¿adónde irían? —se preguntaron.

—Chicos, ya hemos encendido los periféricos, acompañadnos ahora rumbo al sincronizador central: el tálamo, vamos a encenderlo y el bosque empezará a despertar, recuperará su conciencia.

—¡Esperad! —gritó Javier con impaciencia—, antes explicadnos qué es el tálamo. Suena como a álamo, como si fuera una clase de árbol también.

—Pues es verdad Javier, tiene forma de árbol, con un tronco central que recibe toda la información con todas las conexiones que hemos estado poniendo en marcha.

—Vale, ya lo entiendo —dijo Bárbara tirando de una de sus trenzas, eso le ayudaba a concentrarse—. Esas conexiones serían como las raíces del árbol, ¿es así?

—Buena comparación, Bárbara —aplaudieron las órdenes— pero, además, las ramas de ese árbol central que llamamos tálamo se conectan con prácticamente todas las zonas del bosque.

—¡Guau, alucinante! —exclamaron todos.

—Ahora, cerrad los ojos y, cuando los abráis, estaréis de nuevo en el bosque de las tormentas.

En el bosque Encéfalon...

Una lluvia suave empezó a caer sobre las delicadas hojas de los árboles y los niños notaron en sus caritas como una caricia suave que les iba despertando poco a poco.

—Hemos vuelto, esta lluvia es extraordinaria, el bosque está recuperando su alegría, su ritmo, su color, su perfume.

—Y, escuchad, vuelve la melodía, ¡qué bonita! —saltaban alegremente Gemma y Paula.



El bosque cantaba de nuevo con un ritmo acompasado y vivo, como si nada hubiera sucedido. La tormenta había terminado.

—Y esta lluvia, ¿qué es? —preguntó Leo. Nunca podía esperar a que le explicaran las cosas.

Las gotitas se llaman copos de rescate, les explicaron los árboles. Sirven para que el bosque pare de convulsionar y se recupere mientras en su interior, en su cerebro, todos sus sistemas se ponen en marcha de nuevo.

—¡Ohh! —exclamaron todos, asombrados.

La espabilada de Cristal se quedó pensativa y, como si hubiera visto el futuro con claridad, preguntó: —¿y no podrían caer las gotitas antes de la tormenta para que no se estropee la canción?

—Claro, este bosque es mágico porque tiene unas tormentas preciosas —dijo orgulloso Abeto Alfa— pero, si queremos conservar la melodía todo el tiempo y que desaparezcan las tormentas, entonces llamamos a los copos de tratamiento, son como un grupo de hormiguitas que nos marcan el compás y evitan que se repitan las tormentas.

—Vienen dos veces al día, por la mañana y por la noche, empiezan a trepar por nuestros troncos y nuestras ramas y así seguimos cantando todos juntos —añadió, muy serio, Castaño Beta.

—A veces nos hacen cosquillitas al principio, pero nunca nos hacen daño y, gracias a los copos de tratamiento, Encéfalon funciona bien por dentro —aclaró Haya Delta.

—Sí, nosotros hemos estado dentro también, dentro del cerebro del bosque. Hemos hablado con Decisión, Memoria, Lenguaje, Sensación y Visión, las órdenes del cerebro y lo hemos visto, sentido, oído, recordado y decidido todo y, al final, hemos asistido a la puesta en funcionamiento —les contaban a trompicones su experiencia a los árboles. Hablaban tan rápido que les faltaba el aire. Estaban tan emocionados, que el viaje a casa se les pasó en un periquete.



En el Parque Salmón...

De vuelta a casa, corrieron a contarle a Gigante su aventura.

—Ha sido muy especial, lo hemos pasado muy bien y hemos aprendido tanto... Sabemos qué es una crisis generalizada tónico clónica y un estado post ictal.

—Y hemos sentido las dos cosas —dijeron las gemelas.

—Y Leo pensó que estábamos en una montaña rusa pero, en realidad, era una tormenta y, después, vivimos como un sueño. Lo llaman estado post ictal. Mientras el cerebro se va recuperando de una de sus tormentas —rieron las dos gemelas contando la aventura.

—¿Eso lo sabías tú, Gigante? —preguntó el tímido de Alex.

Gigante sonrió con ternura, ¡qué bonito es ver aprender a los niños cuando descubren cómo funcionan las cosas! —pensó.

—¡Y después empezó a llover! —dijo Cristal—. Eran los copos del rescate, una lluvia que mojaba suavemente los árboles para que dejaran de convulsionar. Y la lluvia nos despertó.

—Los árboles nos explicaron que, para que no haya tormentas, llaman a los copos de tratamiento, son como hormiguitas que circulan por los árboles y vigilan que el cerebro del bosque funcione correctamente —añadió Cristal, muy concentrada.

—Ha sido perfecto. No sabíamos que tu bosque era tan mágico —terminó Javin mientras acariciaba a Gigante.

—Sí que lo es —contestó Gigante, con la calma que sus ciento veinte años de vida le daban.

Y, entonces, añadió:

“Pero también todos y cada uno de vosotros, niños, sois mágicos y especiales”.





Cuento disponible en audio



Si quieres conocer más sobre la
Enfermedad de la Epilepsia entra en
www.vivirconepilepsia.es

